

GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

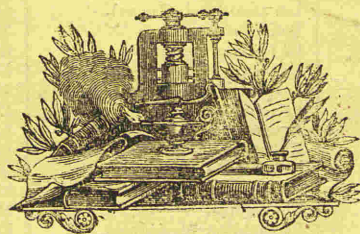
DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANJERO,

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid:

LIBRERIAS DE CUESTA Y RIOS.

Manuscript. Gervasio

*TDL
780*

CATÁLOGO de las comedias que contiene esta Galería.

Marcela, ó ¿á cuál de los tres?
 Un tercero en discordia.
 Un novio para la niña.
 Otro diablo predicador.
 Me voy de Madrid.
 La relacion de un periódico.
 Las improvisaciones.
 Una de tantas.
 Muérete y verás.
 El amigo mártir.
 Todo es farsa en este mundo.
 D. Fernando el emplazado.
 Medidas extraordinarias.
 El poeta y la beneficiada.
 Ella es él.
 El pró y el contra.
 El hombre gordo.
 Flaquezas ministeriales.
 El hombre pacífico.
 El qué dirán.
 Un día de campo.
 El novio y el concierto.
 No ganamos para sustos.
 Bellido Dolfos.
 ¡Una vieja!
 El pelo de la dehesa.
 Lances de carnaval.
 Pruebas de amor conyugal.
 El cuarto de hora.
 La ponchada.
 El plan de un drama.
 Dios los cria y ellos se juntan.
 Cuentas atrasadas.
 Mi secretario y yo.
 ¡Qué hombre tan amable!
 Los hijos de Eduardo.
 Engañar con la verdad.
 Los primeros amores.
 A la zorra candilazo.
 El amante prestado.
 Un paseo á Bedlan.
 Mi tío el jorobado.
 La familia del boticario.
 El segundo año.
 La loca fingida.
 No mas muchachos.
 Mi empleo y mi muger.
 La primera leccion de amor.
 Lo vivo y lo pintado.
 La pluma prodigiosa.
 La Batelera de Pasages.
 La mansion del crimen.
 La escuela de las casadas.
 El Editor responsable.
 ¡Estaba de Dios!
 Blanca de Borbon.
 Carlos II el hechizado.
 Rosmunda.
 D. Alvaro de Luna.
 El entremetido.
 Un novio á pedir de boca.
 Un frances en Cartagena.
 Por no decir la verdad.

Rodrigo.
 Carlos V en Ajofrin.
 Cuidado con las novias.
 Un monarca y su privado.
 El día mas feliz de la vida.
 El vigilante.
 La escuela de los virjos.
 El vaso de agua.
 Un casamiento sin amor.
 Matilde.
 D. Trifon.
 Masaniello.
 Atrás!
 Guzman el bueno.
 El amigo en candelero.
 El Trovador.
 El page.
 El rey monje.
 Magdalena.
 El bastardo.
 Samuel.
 Dandolo.
 El encubierto de Valencia.
 Batilde ó América libre.
 Margarita de Borgoña.
 La pandilla.
 D. Juan de Marana.
 Calígula.
 Zaida.
 Juan de Suavia.
 El caballero leal.
 El premio del vencedor.
 Gabriel.
 Las bodas de Doña Sancha.
 Los amantes de Teruel.
 Doña Mencía.
 La redoma encantada.
 La visionaria.
 Los polvos de la madre Celestina.
 El amo criado.
 Ernesto.
 El barbero de Sevilla.
 Alfonso el Casto.
 Primero yo.
 El abuelito.
 El Bachiller Mendárias.
 Macías.
 No mas mostrador.
 Roberto Dillon.
 Felipe.
 Un desafío.
 Arte de conspirar.
 Partir á tiempo.
 Tu amor ó la muerte.
 D. Juan de Austria.
 D. Alvaro, ó la fuerza del sino.
 Tanto vales cuanto tienes.
 Solaces de un prisionero.
 La morisca de Alajuar.
 El crisol de la lealtad.
 Finezas contra desvios.
 Guillermo Tell.
 El gran capitán.

El desengaño en un sueño.
 Mas vale llegar á tiempo.
 Ganar perdiendo.
 Cada cual con su razon.
 Lealtad de una muger.
 El zapatero y el rey 1.^a parte.
 Apoteosis de Calderon.
 El zapatero y el rey, 2.^a parte.
 El eco del torrente.
 Los dos vireyes.
 La corte del Buen-Retiro.
 Bárbara Blomberg.
 D. Jaime el conquistador.
 Higuamota.
 La aurora de Colon.
 El conde D. Julian.
 Cerdan, justicia de Aragon.
 Contigo pan y cebolla.
 Tal para cual.
 Las costumbres de antaño.
 El jugador.
 Del mal el menos.
 Toros y cañas.
 Quien mas pone pierde mas.
 Rivera.
 El rigor de las desdichas.
 Las simpatías.
 El diablo cojuelo.
 Las ventas de Cárdenas.
 Dos validos.
 La tumba salvada.
 El Tasso.
 Acertar errando.
 Hacerse amar con peluca.
 Shakespeare enamorado.
 Máscara reconciliadora.
 El testamento.
 El gastrónomo sin dinero.
 Miguel y Cristina.
 La vuelta de Estanislao.
 Las capas.
 Un ministro!!!
 Quiero ser cómico.
 El ambicioso.
 Marino Faliero.
 El marido de mi muger.
 Jacobo II.
 El rey se divierte.
 La muger de un artista.
 La segunda dama duende.
 Un alma de artista.
 Una ausencia.
 Mateo.
 Amor de madre.
 El honor español.
 La sociedad de los trece.
 Los perros del monte de san
 Bernardo.
 El héroe por fuerza.
 Bruno el tejedor.
 De un apuro otro mayor.
 Empeños de una venganza.
 ¡Es un bandido!

549514000001

78

Navas
(C.)

YERROS DE LA JUVENTUD.

COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLADA AL TEATRO ESPAÑOL

POR

DON RAMON DE NAVARRETE.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Mayo de 1846.

R. 74-400

PERSONAS.

ACTORES.

DON LUIS DE HURTADO. . .	Don Pedro de Sobrado.
EMILIA, su muger. . .	Doña Teodora Lamadrid.
DON FABIAN REGÜLES. . .	Don Pedro Lopez.
CAMILA, su sobrina. . .	Doña Plácida Tablares.
DON CARLOS DE SANDOVAL, secretario de embajada. }	Don Carlos Latorre.
DON ENRIQUE CARVAJAL, abo- gado muy jóven. }	Don Julian Romea.
TOMAS, criado de don Carlos.	

La escena es en Bagneras de Bigorre.

Esta Comedia, que pertenece á la Galeria Dramática, es propiedad del Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso la reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales órdenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto único.

El teatro representa la sala de un hotel: á la derecha del espectador, y en el fondo, la puerta de entrada: á la izquierda otra que conduce á la habitacion de don Fabian: en medio una ventana que da al patio. — En segundo término dos puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

EMILIA. CAMILA. DON LUIS. DON FABIAN. DON ENRIQUE. UN MOZO, *que sale con los equipages.*

Fabian. (Guiando á don Luis y á Emilia.) Por aqui, señora, por aqui. Estan ustedes en el mejor hotel de Bagneras, adonde viené á parar la gente mas elegante de España y Francia, y las mugeres mas bonitas de ambos reinos; lo que esplica por qué ha venido usted tambien.

Luis. Siempre galante el amigo don Fabian!

Fabian. Siempre, querido, siempre; es tan dificil que yo no sea galante, como que esta señora se vuelva fea. Ah! ah! ah!

Emilia. Caballero...

Enrique. (Aparte.) Maldito vejestorio! Si no fuese por él, la hubiera yo dado el brazo.

Fabian. Es una felicidad inesperada la que me proporciona la aparicion de ustedes, pues ya me iba fastidiando de estar solo con mi sobrina.



Camila. Gracias, tío.

Fabian. No hay de qué. Ah! ah! ah! (*Suspirando.*) Siempre me fastidio cuando no tengo conmigo á mi muger.

Luis. Cómo! Se ha casado usted?

Fabian. Si, si, querido; tambien cai... me pescaron en Paris.

Luis. Es la ciudad donde mas se pesca. Y quién? Alguna de por allá?

Fabian. No; una compatriota, una española pura, una flor que se marchitaba en tierra estraña. Necesitaba un hombre que la agradase... y yo la agradé. Hoy cuento presentársela á ustedes.

Enrique. (*Aparte.*) Importuno!

Fabian. Por el pronto, aqui está mi sobrina Camila...

Luis. Amigo, estoy por devolver á esa señorita los cumplimientos que usted dirigia antes á mi esposa.

Fabian. Si? Pues hágalo usted, querido; pero guarde algo para su señora. — Vaya, una vez que nos hemos encontrado, pasáremos alegremente el tiempo; no faltan diversiones en Bagneras, y hay un doctor que cura todos los males; el placer!

Emilia. Cuánto me alegro! Y hay bailes?

Fabian. Con que viene usted á los baños á bailar? Ah! ah! ah!

Enrique. Perdone usted, caballero, pero esta señora necesitará descanso. (*Acercándola una silla.*) Siéntese usted por Dios!

Emilia. Gracias, voy á mi cuarto.

Fabian. (*A don Luis.*) Quién es este mocito?

Luis. Un escelente muchacho, un compañero de viaje que hemos recogido en el camino. (*Presentándole.*) Don Enrique Carvajal, abogado.

El mozo. Don Enrique Carvajal? Pues, caballero, hay aqui una persona que aguardaba á usted.

Enrique. Ah! Será mi amigo Carlos... ya sé. (*El mozo se va.*)

Camila. (*Bajo á don Fabian.*) Carlos!... Él debe ser, tío.

Fabian. Hola! Otro encuentro, eh? Todo el mundo los tiene, aunque no siempre son tan agradables como este. Pero el señor dice bien; Camila, acompaña á la señora á su cuarto, que está cerca del nuestro, y alli llevarán sus efectos.

Emilia. Don Enrique, encargue usted que suban las cajas con mucho cuidado.

Enrique. Voy corriendo, señora. Y este cajoncito tan precioso?

Luis. (Cogiéndolo bruscamente.) Venga.

Emilia. Por Dios, que es mi sombrero, por Dios!

Enrique. (Aparte.) Qué atroces son los maridos!

Fabian. Luisito, no entiende usted una jota de esto; yo soy el que sube siempre el equipage de mi esposa, y á veces parezco un gallego con seis, ocho ó diez bultos. Mas ya me guardaré bien de tratar sus cajas de ese modo, porque es seguro que me reñiría... palabra de honor... me reñiría! Con que hasta luego; señora, espero que comeremos juntos.

Emilia. Mil gracias.

ESCENA II.

DON LUIS. DON FABIAN.

Fabian. Es una perla, amigo mio, es una perla!

Luis. Celebro que merezca su aprobacion de usted. Pero vaya, tambien casado el bueno de don Fabian!

Fabian. Sin duda.

Luis. De veras?

Fabian. Cómo?

Luis. Quiero decir, legitimamente?

Fabian. Don Luis, me ofende usted en dudarlo. Y usted?

Luis. Yo es muy diferente... Siempre me ha gustado el matrimonio. Pero un camastron como usted... el solteron mas acérrimo...

Fabian. No, yo no era precisamente enemigo del matrimonio, sino que le tenia miedo. Solo se trataba de elegir bien, de tener buena mano.

Luis. Y la ha tenido usted?

Fabian. Escelente... como que en mi vida me he equivocado nunca! Figúrese usted una muchacha preciosa, que parece nacida para mí; dulce, tierna, tímida... una ovejita en fin, que se pone colorada por todo, y que no sabe mas de lo que yo la he enseñado. En fin, querido, yo he conocido muchas mugeres... y sin vanidad puedo decir que las he conocido de todas cla-

ses... mas no he encontrado una que se pareciese á la mia. Es un verdadero tesoro!

Luis. Diantre! Pues le doy á usted la en hora buena!

Fabian. Confieso que estoy contentísimo. Y en cuanto á virtud!... Es un dragon!

Luis. Bravo! Entonces la confiaré mi Emilia.

Fabian. Acaso será usted celoso?

Luis. No tal... con todo, siempre es menester serlo un poco... por precaucion. Quién sabe lo que puede suceder?

Fabian. Vamos, lo es usted, lo es usted! Pues bien, confie en mi costilla, que se tratará con poca gente; segun me ha dicho. Por eso nos separamos en Bayona; yo fui á Tolosa á buscar á mi sobrina, que se ha educado alli, y que voy á presentarla como su compañera, su amiga, su hija.

Luis. Mientras tenemos un heredero directo, eh?

Fabian. Lo aguardo, Luisito, lo aguardo. Ya conoce usted que sola conmigo, se fastidia la pobrecita... asi la he prometido alguno... es decir, alguno... mi sobrina en primer lugar... despues Dios dirá. — Hemos determinado comer en el cuarto desde hoy; las señoras no pueden sentarse á la mesa redonda con el primer advenedizo... porque en estos pueblos, en Bagneras sobre todo, no sabe uno con quién trata.

Luis. Sí, sucede como en las máscaras, que triunfan el incógnito y las virtudes de segundo orden.

Fabian. De tercer orden. Oh! he descubierto aqui unas cosas!...

Luis. Sí? Pues cuénteme usted algo.

Fabian. Es escandaloso! Personas muy decentes que vienen... pues... que vienen... como nosotros, matrimonialmente; jóvenes á quienes llaman á cada paso «mi marido,» y que se hallan tan casados... como el gran turco.

Luis. Y qué?

Fabian. Cómo, y qué?

Luis. Eso le admira á usted?

Fabian. No, me indigna! Gentes que no estan casados y que!... Ah!

Luis. Qué importa!... En los baños!

Fabian. De veras se rie usted de esto?

Luis. No parece sino que ha vivido usted en las Batuecas. No hay nada mas comun que esos matrimonios de contrabando que á nada obligan, y que nada comprometen, ni el porvenir ni el presente. Ademas, como no le conocen á uno...

Fabian. Basta! Qué horror!... Yo he hecho calaveradas... sin vanidad puedo decir que he hecho muchisimas; pero jamas he honrado con mi nombre á otra que á Eloisa... mi muger... nunca, nunca!

Luis. Boberías!

Fabian. No hay boberías que valgan; y si la esposa de uno quisiera vengarse de lo pasado?

Luis. Bah!

Fabian. Eso se ve todos los dias.

Luis. Es verdad; mas es menester no ser tan escrupuloso. Quién es el que durante su juventud no ha hecho un viajecito con su señora?...

Fabian. Yo, yo! El nombre es una cosa sagrada!

Luis. Y quién niega á la que ama el gusto de que le llame «mi marido?»

Fabian. Ta, ta, ta! Eso se puede pagar mas tarde! Bien veo que los directores del Casino hacen perfectamente en no admitir en sus bailes las virtudes equivocas.

Luis. Qué simpleza! Las virtudes equivocas son siempre las mas bonitas!

ESCENA III.

DICHOS. CAMILA.

Camila. Tio! tio! Ah! Caballero, su señora de usted le espera con impaciencia en medio de sus blondas, de sus joyas... tiene vestidos preciosos!

Fabian. Por lo visto, no es su salud la que la trae aqui.

Luis. Al contrario; no piensa mas que en bailes, cabalgadas, cacerías... en todos esos placeres, sin los cuales yo me pasaria muy bien.

Fabian. (A media voz.) Por haber abusado de ellos otras veces, cuando le llamaban á usted «marido mio.»

Luis. Silencio, mala lengua! Yo, nunca; entiende usted? Yo, nunca! (Vase.)

Fabian. Mucho me temo que Eloisa no guste de la sociedad que voy á proporcionarla.

Camila. Tío, no me engañaba... él es!

Fabian. Quién?

Camila. El! Aquel joven que sabe usted... Don Carlos!

ESCENA IV.

DICHOS. DON CARLOS.

Carlos. Camila, querida Camila! Por fin la vuelvo á ver á usted!

Camila. Carlos!

Fabian. Parece que á mí es á quien no se me ve!

Carlos. Perdone usted; es que soy tan dichoso! Cuando nos encontramos ayer en el Casino, quién me había de decir que tenía usted consigo á mi buen angel?

Fabian. Pues qué, Camila, quieres á este mala cabeza?

Camila. Yo, tío, como usted guste...

Carlos. Vamos, señor don Fabian, usted abusa de su cualidad de tío, y hace poner colorada á esta pobre niña.

Fabian. En efecto, estás temblando!

Camila. Si... pero no es de miedo.

Fabian. Y dónde diablos os habeis conocido? No será en Madrid, porque Camila no ha ido nunca allí.

Carlos. No, fue en los baños de Cestona, donde esta señorita se hallaba en compañía de su mamá.

Fabian. De mi hermana?

Carlos. Me cupo el placer de servir de algo á las señoras; y mas tarde, condenado á no moverme de una silla por una maldita estocada que tuve el honor de recibir...

Camila. Por causa nuestra...

Carlos. Hubo quien se dignase hacer compañía al pobre herido; y mientras que su hermana de usted bordaba en cañamazo, esta señorita nos leía...

Camila. Las aventuras de Telémaco.

Fabian. «Calipso no podia consolarse de la partida de Ulises.»

Carlos. Si, mas la voz de mi Eucaris tuvo tal encanto para mí, que me sobrevino una fiebre violenta; me prohibieron la lectura, y dejé de ver á estas señoras; cuando pude salir ya se habian ausentado, sin que

nada me indicase sus huellas... Así, á mi vuelta á París, á cuya legacion estaba agregado, no tenia otro placer que hablar del angel que habia perdido.

Camila. De veras pensaba usted en mí? Ah!... No lo hubiera creído... pero... pero me alegro mucho!

Fabian. Y ahora, galante caballero?...

Carlos. Pediré esta señorita á su madre.

Camila. Ha muerto!

Carlos. Es posible!

Fabian. Se la pediremos á su padre, y por el pronto á su tia, á mi muger, porque á ella es á quien le corresponde ahora... y como la estoy esperando...

Carlos. Mas yo no conozco á esa señora...

Fabian. Tranquilícese usted: Eloisa hace todo lo que yo quiero; y una vez que consiento...

Carlos. Y usted, Camila?

Camila. Yo? yo? No se ocupe usted de mí.

Enrique. (Saliendo por el fondo.) Si, si, ciertamente; ya sé...

Carlos. Enrique!

Enrique. Carlos!

Carlos. Tengo el gusto de presentar á ustedes uno de mis mejores amigos.

Fabian. Ya conocíamos á este caballero. Ven, niña.

Carlos. Tan pronto?

Camila. Es preciso; mi tia nos espera!

Fabian. Vamos. (Vanse.)

ESCENA V.

DON CARLOS. DON ENRIQUE.

Carlos. Qué te parece?

Enrique. Quién?

Carlos. Esa encantadora jóven.

Enrique. Yo no pienso en chiquillas.

Carlos. Ah! No piensas? Pues haces mal... Y qué triste, qué pensativo te encuentro! Qué diablos tienes?

Enrique. (Distraído.) Bien, y tú?

Carlos. Sin novedad. — Ah! ah! Vamos, alguna penilla hay!

Enrique. Es posible!

Carlos. Pues no podías venir á parte mejor para olvidarla. Nunca ha estado tan divertido Bagneras; tenemos bonitas chicas, escelentes caballos, buena sociedad... En fin, es delicioso! Pero no me escuchas?

Enrique. Sí tal; sigue, sigue. (*Escuchando y aparte.*) Dios mio! Creo que llama!... á su marido... sin duda!

Carlos. Qué dices?

Enrique. Nada... nada... Y tú, cómo estás?

Carlos. Otra vez? Tu tienes algun secreto que me ocultas á mi, tu confidente, tu consejero!

Enrique. No, no; te lo aseguro!

Carlos. (*Tendiéndole la mano.*) Enrique!

Enrique. (*Arrojándose á sus brazos.*) Ay Carlos! soy muy infeliz!

Carlos. De veras, *cherubino di amore*? Estás enamorado?

Enrique. Vas á burlarte de mi, mas no importa. Ya me he dicho yo todo lo que tú puedes decirme... que es absurdo, ridiculo...

Carlos. Entonces es inútil repetirtelo. Con que enamorado? Y por qué no? Yo tambien lo estoy. Y desde cuándo?

Enrique. Hace una semana; pero será por toda mi vida!

Carlos. Eso ya se sabe; siempre se enamora uno asi.—

Mas calla! Ahora que me acuerdo!... Una semana! La enfermedad debe haberte acometido en el camino!

Enrique. Si, amigo mio, en San Sebastian!

Carlos. Entonces no me admira que me hayas hecho aguardar tanto! Hace seis dias que te espero!

Enrique. Mas bajo, chico.

Carlos. Hola! está aqui? Bravísimo! Pues la veremos! Debe ser una beldad incomparable!

Enrique. Si, si!

Carlos. Mas ese no es motivo para que tengas un aire tan sombrío y tan lúgubre. Qué demonio! alégrate; amores de viaje van en posta generalmente. Vamos, sé franco... A qué altura te hallas, mortal feliz? La encontraste, te hiciste el sentimental, y la juraste que la adorabas. Y despues?

Enrique. Despues! No vas poco de prisa! No lá he dicho nada de eso!

Carlos. Cómo! Desde San Sebastian aqui? Pues hé ahí lo

que tienes; una indigestion de palabras! Y por qué?
Enrique. Por qué... porque ella no es una muger como las demas.

Carlos. De veras? Pues es menester confesar que no tienes muy buena suerte. Desde tu entrada en el mundo no has tropezado con ninguna muger como las demas. Si continuas así, pobre muchacho! En efecto, es posible! Hay gentes que no ganan nunca!

Enrique. Te chanceas cuando ves que padezco, que soy desgraciado, que tal vez me moriré?

Carlos. Simpleza! Nadie se muere de eso! Animo! qué diablo! Con tiempo y amor se hacen muchas cosas.

Enrique. No... no... ama ella tanto á su marido!

Carlos. Eh?... Ah!... Con que tiene un?... Mire usted el picaruelo... el mosquito muerta! Y eres amigo del esposo?

Enrique. No... los conocí en el viaje... nos encontramos en las provincias vascongadas; como él no comprendió el vascuense, estaba un día muy apurado porque no le entendían, y se dirigió á mi para que le sirviera de intérprete.

Carlos. Y dime, habla ella también el vascuence?

Enrique. No: por qué?

Carlos. Porque en ese caso hubierais podido los dos hacer una declaracion en las barbas del marido.—

Pero sabe la tal señora que tú la amas?

Enrique. No me atrevo á creerlo; es tan cándida, tan inocente, tan modesta!

Carlos. Lo mismito que tú! Sabes que deben ser divertidas vuestras conversaciones! Apuesto á que habláis de la luna argentada, del sol esplendente, de los verdes campos, y de las cabritas blancas!

Enrique. Si, es un angel, chico, es un angel!

Carlos. Que se llama...

Enrique. Si tú no la conoces!

Carlos. Quién sabe! He conocido tantos ángeles en la tierra! Vamos, habla.

Enrique. (Misteriosamente.) Es la muger de don Luis de Hurtado!

Carlos. (Estupefacto.) La de Hurtado!

Enrique. La conoces?

Carlos. En efecto... sí... es el nombre de un angel que...

(Soltando la carcajada.) Ah! ah! ah! La de Hurtado!

Enrique. Qué tienes?

Carlos. No... Es imposible... debe ser otra, de seguro.

Enrique. Y por qué?

Carlos. Toma! por qué... ah! ah! ah! por qué...

Enrique. (Oyendo la voz de don Luis.) Chit! Su marido!

ESCENA VI.

DICHOS. DON LUIS.

Luis. (Saliendo.) Bien, bien; allá voy.

Carlos. (Bajo.) Es el mismísimo!

Enrique. Cómo!... Quién?

Luis. Demontres de mugeres! Hola, Enrique... Mas perdone usted... no está solo...

Carlos. Iba á marcharme, caballero. (Aparte.) Ah! ah! Magnifico!

Enrique. (Siguiéndole.) Por qué te vas?

Carlos. Por nada. (Levantando la voz.) Hasta la vista, querido. (Bajo.) La de Hurtado! pobre muchacho! Ah! ah! ah! (Vase riéndose.)

Luis. Yo he visto esa cara en otra parte. — Enrique, si quisiera usted encargarse de buscar caballos, ó un carruaje; porque mi muger me va á hacer perder la cabeza... diez encargos nada menos me ha dado para empezar! (Aparte.) Casi tantos como cuando yo era soltero! (Alto.) Primero voy al Casino á inscribirme para las reuniones... porque Emilia tiene un miedo de faltar al primer baile!

Enrique. (Distruido.) Bien... le haré inscribir á usted...

Luis. No... no... sino es eso. En qué diablos está usted pensando? Lo que quiero es un carruaje ó caballos; y yo he creído que usted nos los buscaría, y mi muger tambien.

Enrique. En ese caso voy corriendo.

Luis. Gracias. (Aparte.) Así me ahorrará la mitad del trabajo. (Vase por el fondo.)

ESCENA VII.

DON ENRIQUE. A poco EMILIA.

Enrique. De qué se reiría tanto el loco de Carlos? Por ventura conocerá?... De todos modos es preciso que yo sepa... (*Viendo salir á Emilia.*) Ah!

Emilia. Amigo mio! Amigo mio! Ay! No está!

Enrique. Su marido de usted? Acaba de salir.

Emilia. Toma! Y yo que le traía un encargo!

Enrique. Si usted quiere, yo lo haré con sumo gusto, señora.

Emilia. Oh! No, ya hemos abusado sobradamente de su bondad de usted, caballero.

Enrique. Al contrario... si viera usted qué satisfactorio me es... todo mi placer consiste en...

Emilia. (*Aparte.*) Se turba? Pobre muchacho! Parece que me tiene miedo! No, pues yo no soy tan fea que asuste. (*Dirigiendo una ojeada á un espejo.*)

Enrique. Si señora, me dejaría matar por...

Emilia. (*Sonriéndose.*) No le exijo á usted tanto!

Enrique. (*Aparte.*) Soy perdido! Se rie de mi!

Emilia. Aguardaré á que vuelva mi esposo. Pero usted iba á marcharse... no se detenga usted! (*Yéndose.*)

Enrique. (*Deteniéndola.*) Señora, por Dios... Hallo tan pocas ocasiones... y há tanto tiempo...

Emilia. De qué? (*Aparte.*) Nunca acaba las frases!

Enrique. (*Aparte.*) Dios mio! Qué la diré? (*Momentos de silencio.*)

Emilia. (*Aparte.*) Perfectamente! Quedo enterada! (*Enrique va á hablar y se detiene.*) Será menester ayudarle. (*Alto.*) Caballero!

Enrique. Señora... (*Aparte.*) Es ridiculo dejarla empezar... Vamos allá. (*Alto.*) Señora... está usted cansada?

Emilia. No, no, no mucho... ha sido tan corto el viaje desde Bayona aquí!

Enrique. Demasiado corto... para lo que yo deseaba... porque... (*Emilia le mira; él se turba.*) Y luego hemos tenido un tiempo magnifico!

Emilia. Escelente! (*Aparte.*) Si me habrá detenido para decirme esto?



Enrique. Por fortuna... hospedado en el mismo hotel que usted... si usted desea... ó si yo puedo...

Emilia. Ya sé que es usted muy amable.

Enrique. Si, si... (*Notando lo que dice.*) Es decir...

Emilia. (Aparte.) Pues es divertido asustar á un hombre! Mas vale dejarle en paz. (*Yéndose.*) Amigo mio...

Enrique. (Aparte.) Se marcha!

Emilia. (Deteniéndose.) No le convido á usted á comer con nosotros, porque sé que tiene un amigo que le esperaba.

Enrique. En efecto... Carlos...

Emilia. Pues ya ve usted... — Mas nos encontraremos en el Casino... Entre nosotros nada de ceremonias... nada, libertad absoluta!

Enrique. (Aparte.) Dios mio! Me despide!

Emilia. (Idem.) Qué singular es! Le saco de un gran apuro! (*Vase.*)

Enrique. Señora, señora... (*Tirando su sombrero con rabia.*) Se ha marchado! Se ha marchado burlándose de mí! Y estoy seguro de que yo tambien tenia una cara de imbécil... Cuando estoy junto á ella, el corazon me palpita, los labios se me secan, y nada, no puedo proferir una palabra. Lo propio me sucede en el tribunal cuando tengo algun pleito... no recobro mi elocuencia hasta que no me quito la toga. Y sea usted abogado con un genio así! — Lo peor es que Emilia no debe infundir miedo á nadie... al contrario, es tan tímida, tan pura... Precisamente eso es lo que me turba; si fuera menos... entonces yo seria mas... Oh! no! no! Yo la amo porque es así!

ESCENA VIII.

DON ENRIQUE. DON CARLOS. TOMAS.

Carlos. (Sale con un látigo en la mano.) Eh! Tomas! Mi caballo!

Enrique. Carlos! Ven, ven; espícame...

Carlos. El qué? Qué te pasa? Venia á proponerte una expedicion ecuestre...

Enrique. No se trata de eso!

Carlos. Pues de qué diablos se trata? Y qué cara tienes!

(A Tomas.) Vete... espérame á fuera...

Enrique. Vas á decirme aqui, al instanté, porque yo te lo suplico encarecidamente, por qué lanzaste aquella exclamacion cuando yo te hablé de la señora de Hurtado?

Carlos. De tu angel?

Enrique. Por qué te echaste á reir cuando viste á su marido?...

Carlos. Su marido! su marido!

Enrique. Qué quieres decir?

Carlos. Quiero decir... quiero decir que no lo es.

Enrique. Cómo! Emilia...

Carlos. Es una cualquiera... una modistilla quizás.

Enrique. No, eso es imposible! Es imposible!

Carlos. Habrá simple!

Enrique. Tú quieres curarme de mi pasion!

Carlos. No, chico, si te curas, me alegraré mucho; mas en todo caso, sin esa intencion...

Enrique. Emilia!

Carlos. La conozco... esto es, la he conocido, porque á esos ángeles, como tú los llamas, no se los conoce jamas... en público.

Enrique. Y dónde la conociste? dónde?

Carlos. En París... en un almacén de modas... al que iba la mejor sociedad; yo la visitaba... como amigo íntimo... como compatriota... para comprar corbatas... — Llamábase Elisa... y era una muchacha preciosa, á quien los vaivenes políticos habian conducido desde Madrid allá... Ella me decia que yo era su primer amor... asi, cuando me enviaron á Bruselas de secretario, la infeliz lloró como una Magdalena; quiso seguirme... porque le agradan mucho los viajes... pero á mi me gusta viajar solo, y me marché sin despedirme, á riesgo de que se muriese de la pena. Mas no se murió.

Enrique. Carlos, tú te burlas de mí!

Carlos. No, mi palabra!... Como te iba diciendo, no se murió, y la prueba es que al año siguiente la hallé en Bayona, en casa de un banquero, en un baile magnifico, brillante.

Enrique. El año pasado?

Carlos. Bien me acuerdo... ah! ah! acababa de conducir á su sitio á mi pareja de wals, la hija de lord Bury, una jóven lindísima, cuando oigo anunciar á los señores de Hurtado. Vuelvo la cabeza maquinalmente... y me encuentro con ella, deslumbradora de hermosura, cargada de brillantes y de flores... á ella misma, querido; al objeto de tu púdico amor, á la tenderilla de marras, del brazo de un caballero, que por mas señas llevaba una corbata lindísima... Sin duda algun parroquiano antiguo, como yo. Al principio dudé un poco, porque me impuso su aire de dignidad, y su... su... pues, su prosopopeya...

Enrique. (Vivamente.) Te engañabas!

Carlos. Pero cierto mohín delicioso que yo conocia mucho, y que no pudo disimular al verme, no me dejó la menor duda. Entonces seguí sus pasos, y la verdad, no sin dificultad, porque era inmensa la turba que la prodigaba sus homenajes; me acerqué por fin á ella y la saludé, mas dejando caer vivamente su abanico al mismo tiempo, me dijo al oído: «*Estoy casada, Carlos; ni una palabra si me ha amado usted!*»

Enrique. Eso te dijo?

Carlos. Escapándose como una silfide asustada. Pronto averigüé dónde vivia, y pude leer en el libro de los viajeros de aquella fonda: don Luis de Hurtado y su esposa.

Enrique. Se habian casado?

Carlos. Inocente! — Al salir yo de la casa, cayó á mis pies un billetito perfumado; eran sus pérfidos garra-patos y su inicua ortografía. «Cuando se abra mi ventana, suba usted.» — Una hora despues, el amigo Hurtado, siempre con una corbata preciosa, se marchaba... á paseo... abriase la ventana misteriosa... y un imbécil que estaba de centinela en el otro extremo de la calle... era yo... subia á la habitacion indicada, para obtener las confianzas mas divertidas... Ah! ah! La pobrecita se habia hecho robar, bajo pretexto de inocencia, y para calmar su pudor alarmado, Eulalia... porque entonces se llamaba Eulalia... habia exigido el nombre de su robador... nombre que le abria todas las casas, hasta las mas aristocráticas; me enseñó luego sus diamantes, me habló del jamon de Bayo-

na, por el que deliraba la tragonzuela, y nos separamos como dos buenos amigos. — Al día siguiente supe que la interesante pareja había salido al amanecer para Burdeos.

Enrique. Y estás seguro de que sea la misma aun... porque tú no la has visto desde aquella época?

Carlos. No...

Enrique. (Con alegría.) Ah!

Carlos. Es decir, no la he visto desde hace un momento.

Enrique. Cómo! Acabas de verla?

Carlos. Si!

Enrique. A la de Hurtado?

Carlos. A la mismísima.

Enrique. Aquí?

Carlos. Ciertamente; en su ventana, cuando vine á buscarte. Yo he hecho como que no la conocía, mas era ella.

Enrique. Imposible!

Carlos. Cuando te digo que la he visto por mis propios ojos, como te estoy viendo ahora!...

Enrique. (Muy conmovido.) Ay! Carlos!

Carlos. Qué tienes?

Enrique. (Sentándose.) Nada... nada... es que... cuando uno no espera esas cosas...

Carlos. Vaya! Vas á llorar como un marica en vez de abrazarme y darme las gracias?

Enrique. Es horrible! Yo que tenía fijas en ella mis mas dulces ilusiones!

Carlos. Si, sueños!

Enrique. Que la amaba tan respetuosamente!...

Carlos. Cómo se reiria de ti!

Enrique. Yo que la adoraba como á una divinidad!

Carlos. Pues hacias bonito papel! Ella una divinidad!

Ah! ah! No, es una mortal... y una débil mortal!

Enrique. Cuando pienso que ni siquiera me ha dirigido una mirada para animarme!

Carlos. Te trataba como á un chiquillo!

Enrique. (Levantándose indignado.) Oh! Eso seria infame!

Carlos. Seria infame; pero es asi.

Enrique. Pues me vengaré!

Carlos. Eso, eso; véngate!



Enrique. Yo la diré... yo la... Dios mio! Y tú, Carlos, no la amas ya?

Carlos. Yo? Crees que soy algun baboso como tú? No sabes ademas que me caso? Y podrias creer que?...

Enrique. No, no! Voy á llevarlo todo á sangre y fuego! Si me habrá tomado ella por algun imbécil!

Carlos. Es muy capaz!

Enrique. Ya se ve, cuando está uno al lado de una jóven candorosa... no se atreve... se turba... se sonroja... mas con una muger así es muy diferente... y ya verá ella... ya verá... La hablaré, la insultaré...

Carlos. Bravo! Y quizás la tal vibora haga gazmoñerías...

Enrique. No me importa!

Carlos. Porque su nueva posicion, su papel de muger casada...

Enrique. Yo la echaré por la tremenda, armaré un escándalo si es preciso. Bonito genio tengo yo cuando sé...

Carlos. (Riéndose.) Ah! ah! Perfectamente!

Enrique. Quisiera que ya estuviese aqui. Voy á pedirla una cita. Mas y si me la niega?

Carlos. Es muy posible! Ah! Idea luminosa! (Va á la mesa, se sienta y escribe.)

Enrique. Vas á escribir? (Leyendo.) «Angel de mis sueños...» Angel! Demonio diria yo! (Leyendo.) «Estás aqui; te he visto. Cuando podré arrojarme á tus pies? Acuérdate de la señal; una ventana abierta.» — Entonces va á adivinar que es tuya!

Carlos. Tú la desengañarás.

Enrique. Comprendo. Carlos, querido Carlos!...

Carlos. (Poniendo el sobre.) A la señora de Hurtado.

Enrique. Y cómo haremos para que la reciba?

Carlos. Cómo? Ah! ah! ah! (Llamando.) Tomas! Este es el muchacho mas listo!... Tomas!

Tomas. (Saliendo.) Señor?

Carlos. Escucha: has visto esa señora á quien saludé en su ventana al venir aqui?

Tomas. Si señor; y hasta creo haber reconocido...

Carlos. (Severamente.) Eso es lo que no te pregunto.

(Bajo á Enrique.) Este chico me servia ya en tiempo de las corbatas. (Alto.) Vas á hacer porque llegue á sus manos este papel... entiendes?

Tomas. Perfectamente.

Carlos. Y si dices una palabra, te despido. (*Aparece Camila.*) Silencio! (*Vase Tomas.*)

ESCENA IX.

DICHOS. CAMILA.

Camila. Carlos! (*Viendo á Enrique.*) Ah! Perdone usted!

Carlos. Querida Camila, qué tiene usted? Esa emoción?...

Camila. No es nada... es de haber corrido... y luego, no aguardaba...

Enrique. Encontrar un tercero?...

Camila. (*Vivamente.*) Pero no créa usted que lo temia...

Enrique. (*Bajo á don Carlos.*) Voy á ponerme en emboscada. Cuál ventana es? Ah! La de aquel lado. (*Saluda á Camila, y se retira.*)

Camila. Mi tío me ha dicho que avise á usted la llegada de su esposa.

Carlos. Está aquí ya?

Camila. Si, hace un rato. Y si viese usted qué sencilla parece, qué buena! Me ha asegurado que solo quiere mi felicidad... y yo me he alegrado, porque... (*Deteniéndose.*) porque...

Carlos. Porque pensaba usted en la mía?

Camila. Venia muerta de hambre, y así en cuanto llegó, pidió el almuerzo; entonces pude escaparme... con permiso de mi tío.

Carlos. Qué angelical es usted! Dentro de un instante me presentaré; pero antes es necesario que me anuncien...

Camila. Yo me encargo de eso, porque mi tío se halla tan ocupado en servir á su muger, en arreglar sus maletas y sus cajas... Figúrese usted que al propio tiempo desdobra un trage, la dirige una palabra amorosa, y la abraza... todo esto en un instante!

Carlos. Se divertiría usted con verlos!

Camila. (*Con sencillez.*) Si... y pensaba que alguno hará pronto lo mismo!

Carlos. Eso es lo que yo queria decir.

Camila. Con que irá usted pronto?

Carlos. Si, pronto.

Camila. A Dios, Carlos.

Carlos. A Dios, mi preciosa futura. (*La besa la mano al mismo tiempo que don Luis sale por el fondo.*)

Camila. Ah! (*Huye.*)

Carlos. (*A don Luis.*) Esto no tiene nada de particular, porque en breve será mi muger. (*Vase por la derecha.*)

ESCENA X.

DON LUIS. Luego DON FABIAN.

Luis. Y qué me importa á mí? Si creará él que yo me ocupo de sus amores? Es singular! No puedo acordarme de dónde he visto esa cara... Lo mismo que la del jóven á quien encontré poco há en el Casino, y que llamaban el conde de Peñafior, el cual se volvió sonriéndose hácia mí cuando pronuncié mi nombre... y sobre todo, cuando hablé de mi muger. Acaso la habrá conocido en Madrid, y ella es bastante bonita para llamar la atencion. Mas y sus cuchicheos con el secretario, que no pudo entregarme en seguida el billete de entrada?... Vaya una imprudencia!

Fabian. (*Dentro.*) Vaya una imprudencia!

Luis. Hay eco en esta sala? Hola, don Fabian, con quién venimos riñendo?

Fabian. Con nadie; con un criado que se ha atrevido á hablar de su esposa de usted, á otro tunante de su calaña...

Luis. Y qué decia? Pues voy á escarmentarle.

Fabian. Déjele usted... tonterias de esa canalla. Sabe usted que ha llegado mi muger?

Luis. Si?

Fabian. Si, amigo, la he vuelto á ver... y aun estoy todo conmovido. Yo no sé si á usted le sucederá lo que á mí; cuando he vivido separado de mi consorte algunos dias... estoy tan... pues, así... y es una tontería, pero no lo puedo remediar. Ella tambien al llegar se arrojó á mis brazos con una efusion! La primera palabra que me dijo al abrazarme fue: «Manda traer el almuerzo... cualquier cosa... chuletas, un pollo, jamon, pasteles.»

Luis. Nada más?

Fabian. Y fruta.

Luis. Pues me alegro mucho de que haya venido; porque nos presentará usted en seguida; y celebraré que ella y Emilia esten juntas con frecuencia, siempre.

Fabian. (Aparte.) Diantre!

Luis. (Aparte.) Así estaré mas tranquilo.

Fabian. Ciertamente; no digo que no, pero...

Luis. Pero qué?

Fabian. Nada... Acaban de rogarme que pase al Casino... para dar algunas noticias acerca de usted.

Luis. Acerca de mí! Es gracioso! Acaso no reciben mas que principes allí?

Fabian. No... es una simple formalidad... para conocerle á usted... ya sabe usted lo que le dije esta mañana. Voy corriendo... y es un sacrificio que le hago á usted... Separarme de Eloisa... Estoy seguro de que la pobrecita estará ya desesperada!

Luis. Y antes no podría usted presentar mi esposa á la suya?

Fabian. A la mía? Sí... habia pensado... pero mas tarde... veremos...

Luis. Veremos!... El qué? Parece que está usted atorolado!

Fabian. De veras? Es que... en efecto... no sé cómo decirle... Eloisa... cuando nombré á su señora de usted... es muy extraño!

Luis. Y bien?...

Fabian. Se quedó así... parada... y noté en su rostro una turbacion... parece que ha conocido á doña Emilia antes de su matrimonio.

Luis. En el colegio acaso?

Fabian. Quizás, ó de vista... en fin, repito que estaba muy confusa... y como á mí nada se me escapa... Por último, Eloisa me dijo que no saldrá de su cuarto en todo el día.

Luis. Es singular!

Fabian. Aquí para entre nosotros... se me figura... que como las dos son jóvenes y bonitas... tal vez alguna rivalidad... luego, como la mía, es decir, mi mujer, es tan tímida... (Misteriosamente.) y ademas, celosilla... ó por mejor decir, muy celosa... Como que

algunas veces tenemos unas escenas! Ya se ve, todo cariño, todo! Ah! Se me olvidaba; tengo aqui una carta que un mozo habia metido misteriosamente entre la servilleta de Eloisa... ella iba á abrirla... por distraccion... cuando yo vi que era para su señora de usted.

Luis. Una carta!

Fabian. Acaso hubiera debido dársela en propia mano...

Mas como Eloisa no tiene secretos para mí... por eso juzgué... Con que, á Dios, querido, hasta luego.

(*Aparte.*) Nadie me quitará de la cabeza que hay alguna trapisonda en este matrimonio! (*Vase por el fondo.*)

ESCENA XI.

DON LUIS.

No trae sello del correo... una letra que no conozco... De quién puede ser? No se me olvida aquel fátuo del Casino, que parecia burlarse de mí. Luego esa negativa á admitirnos al instante... ese capricho de la muger de don Fabian, y hasta las habladurias de los criados... (*Hablando, abre la carta y lee.*) «Angel de mis sueños!» Y es á Emilia! «Estás aqui; te he visto...» — La ha visto! — «Cuándo podré arrojarme á tus pies? Acuérdate de la señal; una ventana abierta.» — (*Le-
yendo el sobre.*) «A la señora de Hurtado.» (*Releyendo.*) «Te he visto!» Para atreverse á escribir así á una señora, es preciso tener derechos... Y es imposible! Una muchacha tan inocente, tan sencilla, con la que me he casado seis meses há! Habia de sospechar yo de ella?... Y sin embargo, lo que sucede desde esta mañana... ese billete... Tendré una explicacion... Mas no antes de saber... de cerciorarme... porque puede ser alguna broma... alguna impertinencia anónima que mi muger debe ignorar... «Una ventana abierta!» La de su cuarto sin duda... Pues bien, yo la abriré! — Una intriga! Pues si precisamente es mi fuerte! Estaré alli para recibir al atrevido... porque estoy seguro de que aguarda la señal consabida... Oh! Yo le descubriré! (*Entreabre con precaucion la ventana, y mira sin asomarse.*) No hay nadie en el patio... nadie!

ESCENA XII.

DICHOS. EMILIA.

Emilia. (Sale con unos papeles en la mano.) Luis! Luis!
Luis. (Se aleja vivamente de la ventana, que se abre con este movimiento.) Es ella!

Emilia. Gracias á Dios que te encuentro! Qué hacías aquí solo?

Luis. Iba á buscarte.

Emilia. Pues mira, qué es esto que acabo de recibir?
 Son cuentas á mi nombre...

Luis. Sin duda de las compras que me habías encargado. Miralas, examínalas... pero aquí... entiendes? aquí! Voy á buscar una cosa á mi cuarto, y luego saldremos juntos.

Emilia. Me dejas... sola?

Luis. Un instante. (Aparte, señalando al cuarto de su mujer.) Yo seré el que dará la señal. (Alto.) Espérame aquí... aquí. (Vase.)

Emilia. Qué tendrá Luis? Está pensativo! (Se sienta cerca de la mesa.)

ESCENA XIII.

EMILIA. DON ENRIQUE.

Enrique. (Sale por el fondo, y mirando la ventana que se ha quedado abierta.) La seña convenida... aquí debe ser... esa ventana... (Viendo á Emilia.) Ella es!

Emilia. (Sin verle.) Estas cuentas no son de ahora... traen la fecha de Bayona... de Bayona!...

Enrique. (Aparte.) Tenía razón Carlos! Tan jóven y tan linda... y se burlaba de mí! Ah! Mugeres! mugeres!

Emilia. (Ocupada siempre en examinar los papeles.) La señora de Hurtado... 1842... Yo no estaba entonces casada... Qué significa esto?

Enrique. (Aparte.) Cuanto más la miro ahora, más me persuado de que que no tiene nada de imponente... al contrario... es una modistilla... clavada! Con que firme, ánimo!

Emilia. (Levantándose.) Y mi marido, que no viene!

Enrique. (Bruscamente.) Señora...

Emilia. (Asustada.) Dios mío!... Caballero!... qué susto me ha dado usted!

Enrique. Tranquilícese usted... soy yo... el pobre novicio, que le habrá parecido muy simple... muy ridículo... no es verdad?

Emilia. Usted, Enrique? No tal... Es usted un poco tímido... pero muy amable...

Enrique. Señora... (Aparte.) Ay! Si me habla así, y con esa voz, soy hombre al agua!

Emilia. No es usted á quien yo esperaba, y con su permiso voy...

Enrique. Es que él no vendrá, y yo soy quien...

Emilia. Usted?

Enrique. Sí, sí... yo, que tengo que decirle muchas cosas. En primer lugar es preciso que la abra á usted mi corazón...

Emilia. (Aparte.) El que parecía mudo antes, cómo habla ahora! (Alto.) Va usted á hacerme alguna confianza? Tanto mejor; yo soy muy curiosa. Empezee usted. (Deja sobre la mesa los papeles que tenia en la mano.)

Enrique. (Aparte.) Es claro... me anima... nunca la habia visto tan espresiva!

Emilia. Y despáchese usted, porque espero...

Enrique. Ya sé... á alguno que no vendrá... se lo repito á usted... porque yo le he robado su puesto.

Emilia. (Riéndose.) Cómo?... (Aparte.) El puesto de mi marido!

Enrique. Se rie usted, señora? Pues sin embargo, nada es mas cierto!... — Con los ojos fijos en las ventanas de este lado, aguardaba con impaciencia la seña que debia conducir á sus pies de usted... no ya á un imprudente que busca su felicidad en otros amores, sino á un pobre muchacho tierno, enamorado... que ha sido mucho tiempo juguete... (Aparte.) Voy como una carretilla!

Emilia. Permitame usted... tengo que buscar á mi marido.

Enrique. Su marido! No vuelva usted á usar esa palabra, cuyo valor conozco, y que ya no estoy de humor de respetar.

Emilia. Qué oigo!

Enrique. La timidez con que usted se divertía, era el respeto de un primer amor, que no se atreve á revelarse... que teme desagradar. (*Riéndose.*) Oh! yo era muy imbécil, no es verdad? Ah! ah! ah! Cómo se burlaba usted de mí! Mas ahora que he hablado, ahora que su corazón de usted es tan tierno como el mío, ahora que sé no hay barrera entre nosotros...

Emilia. Caballero! Caballero! No se acerque usted. (*Quiere marcharse.*)

Enrique. (*Poniéndose delante.*) Seré atrevido, porque la amo á usted. (*Aparte.*) Solté la palabra tremenda! (*Alto.*) Si... la amo á usted... como un insensato... Y cuánto he sufrido durante el viaje... con la presencia de ese hombre que osa tomar el título de esposo suyo!

Emilia. Déjeme usted... Usted está loco!

Enrique. Lo sé todo... todo, sí... Usted es libre aquí como lo era en Bayona!

Emilia. En Bayona?

Enrique. Cuando Carlos la encontró en aquel baile...

Emilia. Carlos!

Enrique. Con el señor de Hurtado... (*Riéndose.*) su marido de usted!

Emilia. Bayona! Carlos!

Enrique. Por qué fingir ya? Ah! Déjeme usted esa preciosa mano!

Emilia. Enrique... no dé usted un paso mas... ó llamo... grito!

Enrique. Bien sabe usted que no vendrán!

Emilia. Usted que era tan juicioso!

Enrique. Y lo seré siempre, y fiel... y reservado... mas que ese loco de Carlos... Lo único que ya no soy es tímido... Tímido! Sí!... Lo era porque no había encontrado ocasión propicia... mas en adelante...

Emilia. Caballero... qué dice usted?

Enrique. Cielos! Lágrimas!

Emilia. No se acerque usted! — No puedo comprender... ignoro á lo que usted alude... Mas abusar de ese modo de la confianza que yo le manifestaba...

Enrique. Señora... (*Aparte burlado.*) Dios mío! Me labrá engañado para prestarme valor?

Emilia. Tratar así á una débil muger, porque se ve sin apoyo... Ah! Eso es infame!

Enrique. Juro... que...

Emilia. Repito que no se acerque usted... y sino quiere que le aborrezca, que le desprecie...

Enrique. Despreciarme, cuando yo daría mi vida por evitarla un pesar, un disgusto!

Emilia. Pues bien, le suplico...

Enrique. No puedo creerlo... No, porque la amo á usted...

Emilia. Si me ama usted...

Enrique. (Con transporte.) Señora!... (Ella le mira: él se deliene desconcertado.) Mas al menos... dígame usted que no me desprecia... que lleve conmigo la esperanza de ser correspondido...

Emilia. (Con indignacion.) Correspondido!... Salga usted! Salga usted!

Enrique. Yo... yo... (Aparte.) Es imposible!

Emilia. (Dejándose caer sobre una silla.) No puedo mas!

Carlos. (Saliendo por la derecha.) Qué tal, Enrique?

Enrique. Déjame! Soy el mas desgraciado de los hombres! (Vase.)

ESCENA XIV.

EMILIA. DON CARLOS.

Carlos. Qué diablos quiere decir! Acaso su hermosa?...

(Viendo á Emilia.) Ella es sin duda! Pobre chico! A mí es á quien esperaba... y ya concibo... la sorpresa no ha sido de su gusto!

Emilia. (Sin ver á Carlos.) En Bayona! (Mira otra vez los papeles.)

Carlos. (Inclinándose sobre la silla que ocupa Emilia, á la que se ha acercado sin ruido.) Querida, soy yo!

Emilia. (Levantándose vivamente.) Otra vez!

Carlos. (Conociéndola.) Gran Dios! No es ella!

Emilia. Ella? Quién, caballero?

Carlos. Perdóne usted, señora. (Aparte.) Salía del cuarto del otro por lo visto, y no me lo dice! (Alto.) Pido á usted mil perdones... (Aparte.) Y es bonita! (Alto.)

Creía encontrar en esta sala...

Emilia. A quién?

Carlos. A la señora de Hurtado.
Emilia. La señora de Hurtado?...
Carlos. Sí, una trapisondista...
Emilia. Ah!
Carlos. Con quien siento infinito haber equivocado á usted un instante.
Emilia. Y usted conoce... á esa de Hurtado?
Carlos. Muy poco... por haberla visto en un viaje... el año último.
Emilia. (Aparte.) Dios mío! (Alto.) En Bayona?
Carlos. Precisamente!
Emilia. Entonces usted me explicará... Se llama usted don Carlos?
Carlos. En efecto.

ESCENA XV.

DICHOS. DON LUIS.

Luis. Aquí! Cáspita!
Carlos. (Bajo.) Hurtado!
Emilia. Le conoce usted?
Carlos. Mucho!
Luis. (Llegándose á don Carlos.) Caballero... es una infamia...
Carlos. Cómo!
Emilia. Qué hay?
Luis. Señora, déjenos usted... se lo ruego... (Furioso.) déjenos usted! (Ella se aleja.) Yo habia dado la señal por otra parte... mientras que aqui... Está de Dios que los maridos hemos de ser siempre ridiculos! (Ap.)
Carlos. Señor mío, yo no comprendo...
Luis. Hé aqui su carta de usted.
Carlos. Mi carta!... Es decir...
Luis. (Furioso.) Es usted quien la ha escrito?
Carlos. Yo, yo... (Aparte.) Una estocada!... Me prueban bien los baños!
Luis. Es usted, si ó no?
Carlos. Si señor.
Luis. Pues me dará usted cuenta...
Emilia. (Acercándose.) Cuenta! de qué?
Luis. Del insulto que la ha hecho á usted, señora.

Carlos. Yo? A esta señora?

Luis. No iba dirigida la carta á mi muger?

Emilia. A mi?

Carlos. (Aparte.) Su muger!

Luis. Con que, me explicará usted?

Carlos. (Aparte.) Me he metido en buen berengenal!

ESCENA XVI.

DICHOS. CAMILA.

Camila. (Tristemente.) Ah! señora, la buscaba á usted, porque como había dado orden para que comiesemos juntos... en familia...

Emilia. Sin duda; esos señores me lo indicaron...

Camila. Pues bien, iba á decirla á usted que es imposible... mi tia come sola... no quiere ver á nadie.

Emilia. A nadie?

Camila. Ni á usted tampoco, Carlos; la entregaron su targeta de usted... la preguntaron si podria recibirle. —No le conozco, respondió. —Entonces la dije que era usted un jóven muy apreciable; que mi tio le conocia... y yo tambien... que tenia usted intenciones... muy buenas... Mas al oirme se enfadó, replicando que tenia un escelente marido para mi... que no veria á usted... ni... á ninguno de los antiguos conocidos de mi tio... porque todos son malas cabezas.

Emilia. Mi marido no digo lo contrario; pero yo...

Luis. Señora!

Carlos. Se niega!

Camila. Se niega á todo... de suerte que estoy desesperada!

Carlos. Camila... señor de Hurtado... señora... aqui hay un enigma que no me atrevo á descifrar. (Aparte.) Pobre don Fabian! Seria gracioso que aquella fuese... (Alto.) Cuál es el cuarto de su tia de usted, Camila?

Camila. El del frente... aquel!

Carlos. Cielos! (Aparte.) Es su Eloisa!

Emilia. Qué ocurre?

Camila. Qué tiene usted?

Carlos. Señor de Hurtado, estoy á sus órdenes... cuan-

do guste le daré cuenta... ó mas bien esplicaciones... pero dentro de un cuarto de hora... no le pido á usted mas que ese tiempo. (*A Emilia.*) Señora, aseguro á usted que estoy avergonzado... (*Aparte.*) Y el pobre Enrique! Ahora concibo... (*Alto.*) Camila, no llore usted y lléveme al cuarto de su tía. (*Aparte.*) Su tía!

Camila. Es que no le recibirá á usted.

Carlos. Pues la escribiré... usted le dará mi carta... y seremos felices.

Camila. Felices! Entonces corra usted, corra usted. (*Vanse.*)

ESCENA XVII.

EMILIA. DON LUIS.

Luis. (*Siguiéndole.*) Le aguardo á usted, caballero. (*Volviendo.*) Y ahora, señora, me explicará usted?...

Emilia. Usted es el que me va á explicar...

Luis. Cómo es que ese don Carlos se ha permitido?...

Emilia. En primer lugar no se ha permitido nada, pues no fue él, sino otro...

Luis. Cómo! Cómo! Qué está usted diciendo?

Emilia. Digo que me veo comprometida... por culpa de usted; digo que se han atrevido á hablarme de amor de una manera demasiado viva... y aun estoy trémula...

Luis. Con que es cierto que la conoce á usted... que la ama? En esta carta insolente la daba á usted una cita.

Emilia. Una carta! Una cita! Pero quién?

Luis. Ese don Carlos.

Emilia. No, no... sería el otro.

Luis. El otro? Y cuál es el otro? Hay para perder la cabeza! Su nombre! Su nombre! Yo le mataré!

Emilia. No le matará usted! — Pobre muchacho!

Luis. Le compadece usted?

Emilia. No es culpa suya... si ha creído... si hay otra señora de Hurtado...

Luis. (*Aparte.*) Qué dice?

Emilia. A menos que no fuese usted viudo cuando se casó conmigo. Y sería infame haberme engañado, á mi, que creía ser su primer amor de usted... á mi, á quien usted juraba...

Luis. Por Dios!... (*Aparte.*) Tiemblo de adivinar...
Emilia. En todo caso, caballero, no le doy á usted la en hora buena; una muger á la que pueden decirse las cosas que yo he escuchado... á quien se le toma la mano...

Luis. Se han atrevido?

Emilia. A quien se le besa...

Luis. Se han permitido?

Emilia. Todo, caballero! Luego, ese mercader de Bayona, que al saber mi llegada aqui, donde se ha establecido ahora, me envia sus cuentas... de 1842...

Luis. De Bayona!

Emilia. Donde don Carlos la conoció...

Luis. Cómo! Seria?...

Emilia. Véalo usted, véalo usted. (*Corre á tomar los papeles, á tiempo que don Fabian sale sin verla.*)

ESCENA XVIII.

DICHOS. DON FABIAN.

Fabian. Ah! Gracias á Dios que le encuentro á usted, picaron!

Luis. Qué traerá este?

Fabian. Ya comprendo por qué le niegan á usted la entrada en el Casino; por qué cuchichean al oir su nombre; por qué murmuran los criados...

Luis. Don Fabian!

Fabian. Hola! hola! Con que no está usted casado?

Luis. Don Fabian!

Emilia. (*Corriendo hácia él.*) No está casado?

Fabian. Ah! No habia visto á esta señorita.

Emilia. Señorita!

Luis. Se callará usted, maldito?

Fabian. Mil perdones... siento en el alma... pero usted tambien, querido, me ha puesto en un compromiso... Qué diantre! por qué no me lo confió todo? Entre hombres...

Luis. Esto ya es demasiado!

Fabian. Mas una señora... la mía por ejemplo... no puede admitir ciertas cosas...

Emilia. Pensaria?...

Luis. Cuando digo que todo eso es falso... que es una calumnia!

Emilia. (Rompiendo á llorar.) Por quién me toman aquí? Qué creen que soy? Una vez que me señalan con el dedo... que dudan de mí...

Fabian. Señora...

Luis. Emilia mia, yo te aseguro...

Emilia. Déjeme usted... no le perdonaré jamás!

Luis. (Aparte.) Estoy fresco! (A don Fabian.) Parlan-chin!

Emilia. Y quién me justificará?

ESCENA XIX.

DICHOS. DON CARLOS. DON ENRIQUE.

Carlos. Nosotros, señora.

Emilia. Enrique!

Fabian. Don Carlos!

Enrique. No me atrevo á levantar los ojos! (Aparte.)

Carlos. Si, nosotros, ó por mejor decir, yo, que sin querer, he ocasionado una equivocacion cruel.

Enrique. (A media voz.) Que yo quisiera remediar con mi vida!

Fabian. Qué dice? Qué dice?

Carlos. Sin duda todo esto procede de una jóven... que bajo el nombre de Elisa... me vendia corbatas preciosas... en París... y á la que el año último encontré en Bayona con el de Eulalia.

Luis. Cielos!

Fabian. Cómo, cielos! Era ese su apellido?

Carlos. No, entonces llevaba orgulosamente el de Hurtado.

Luis. (A media voz.) Caballero! (Carlos le estrecha la mano.)

Fabian. Aaaah!

Emilia. Eso es atroz!

Enrique. (Bajo.) Si! si!

Carlos. Y todo porque un jóven aturrido la hacia recorrer maritalmente la Francia y la Bélgica... un agredado á la legacion de Holanda.

Luis. Federico Hurtado... mi primo.

Emilia. Aquel calaveron?
Luis. Aquel calaveron... el mismo. (*Aprieta la mano á don Carlos.*)

Carlos. Ya comprenderá usted que la aparicion en Bagneras de una señora de Hurtado, ha podido convertir por un momento la admiracion en amor, y el respeto en esperanza.

Enrique. Señora, perdonará usted á mi arrepentimiento?...

Emilia. Caballero...

Luis. Eh? Qué? Qué es eso?

Emilia. Es don Enrique, que me anuncia nuestra separacion, su partida de Bagneras.

Luis. Enrique! (*A don Carlos.*) Acaso ese admirador!

Carlos. (*A media voz.*) Chit! El pobre jóven se marcha con la música á otra parte!

ESCENA XX.

DICHOS. CAMILA.

Camila. (*Sale con una carta en la mano.*) Tío! tío! Ah!

Carlos! Si supiese usted... Su carta ha hecho milagros! Aqui está la respuesta de mi tia.

Carlos. La respuesta? Si, eso es... (*Enseñándosela á don Luis.*) Conoce usted estos garrapatos?

Luis. (*Bajo.*) Cielos! Eulalia!

Carlos. (*Bajo.*) Elisa!

Fabian. (*Adelantando la cabeza por entre los dos y mirando la carta.*) Es de Eloisa!

Camila. (*A Emilia.*) Si señora; es la respuesta de mi tia á un billete de don Carlos en que le pedia mi mano.

Carlos. Que ella me concede... bien seguro estaba yo... y me añade que encontrará á mi muger en Vitoria...

en casa de su padre... Es excelente esa muchacha... es decir, su señora de usted. (*A don Fabian.*)

Fabian. Si, si; es un angel, es un querubin, es...

Luis. (*A don Carlos.*) Un verdadero demonio!

Carlos. (*A don Fabian, que se vuelve hácia él.*) Amigo don Fabian, tiene usted puesta una preciosa corbata!

Fabian. Le gusta á usted? Pues mi esposa me la escogió.

Emilia. Ahora espero que esa señora no se negará ya á recibirnos.

Fabian. No, seguramente.

Carlos y Luis. (*Aparte.*) Cielos!

Camila. Pero no es posible, porque se marcha.

Fabian. Mi muger!

Camila. Parece que el médico de aquí la ha aconsejado que tome los baños de Arechavaleta. Ya está cargado el equipage, y la silla á la puerta...

Fabian. (*Aparte.*) Ah! Eso será un pretesto. (*Alto.*) Y ustedes se quedan aquí? Dicen que las aguas de Arechavaleta son muy eficaces. No hay quien quiera aceptar un asiento en mi coche?

Enrique. Yo pensaba ir allá...

Carlos. (*A Enrique.*) Cómo!

Enrique. (*Bajo.*) Para consolarme!

Carlos. (*Idem.*) Si... pero... ya ves; es mi tia... (*Alto.*) y los pleitos que en Madrid te esperan...

Fabian. Pues abur, amigos míos... (*Deteniéndose.*) Mas una palabra antes de partir. (*Los reúne á todos con aire misterioso.*) Yo soy como mi muger... un poco moralista. Qué tal? Qué le decía yo á usted esta mañana? Siempre es muy peligroso para un jóven comprometer el nombre que debe llevar un día su muger. Jóvenes, esta es una lección!

Luis. (*Aparte.*) Que hubiera podido costarme cara!

Fab. Voy á referirselo todo á Eloisa! Cómo se reirá la pobrecita! Ah! ah!

Carlos. Pedirla le toca á usted. (*A Emilia.*)

Emilia. Mil gracias por la merced.

Mas es que yo no me atrevo.

Carlos. Por ventura, es caso nuevo lo que ahora aquí se desea?

Emilia. Pero... y si me dejan fea?

Carlos. Fea á usted? Es imposible!

Vamos, con voz perceptible y sin ponerse encarnada...

Emilia. Señores... una palmada!

FIN DE LA COMEDIA.

